XXIV.

Al fin cansado y muerto de frío, el subteniente penetró al portal del cuerpo de guardia, mandando al cabo de cuarto que atrancara solidamente la puerta.

Se sentò, envuelto en su capote y calàndose la capucha, en un apolillado taburete, cerca de un buen fuego que levantaba sus llamas, esparciendo en torno un agradable calor que confortaba los ateridos miembros del sargento de guardia y del cabo, que dormían envueltos en sus zarapes, sentados en el suelo, con las piernas cruzadas.

En el patio, al aire libre, dormía la tropa con sus mujeres, al lado de sus maletas y los pabellones de armas correctamente alineadas. Allá en los rincones una que otra fogata moribunda, alzaba melancólicamente sus ùltimas llamas del montòn de carbones y cenizas, avivadas por las ráfagas que soplaban del Norte, llevando las emanaciones pestilentes, de los cadáveres, y el olor particular de las casas incendiadas.

Así, dormitando ligeramente ante el fuego que chisporroteaba, pasó largo tiempo, hasta que la luna hubo traspuesto los montes.

De repente una voz del fondo del patio, gritó;

—¡Cabo de cuarto!

—¿Qué ocurre?....—contestò éste incorporándose y refunfuñando.

Era el centinela apostado en la puerta del departamen-

Sus compañeros se habían retirado á causa del frío ya intolerable, y él quedó solo ante la puerta cerrada tras de la que estaba el cuerpo de guardia.

El oficial tenía á su frente el valle inmenso y solitario, como una ciudad mortuoria en la que brillaban tristemente las hogueras en que ardían los cadáveres.

En las habitaciones ocupadas por las desgraciadas familias, se oia, como siempre, el vago rumor de los sollozos de los niños y las voces débiles de los viejos que rezaban por las almas de los muertos.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.